



*Estanque de la huerta, con el Pozo de la Nieve y el Pico de San Benito al fondo.
Vista desde los «huertos pensiles» del mediodía.*

El Escorial: Urbanismo y naturaleza

II. Concierto de ruiseñores y orquídeas

B. Mística envolvente del bosque

Por GABRIEL DEL ESTAL

Homenaje al «Juglar de Dios», San Francisco de Asís, en el VIII centenario de su nacimiento.

Primer jardín botánico de España

La arquitectura escurialense rezuma por todos sus poros la espiritualidad dinámica de sus fines. Al pie mismo de la piedra se irradia como pulsación en vivo. Es vida vegetal sin uniformismos esclavizantes, estremecida de estética y libertad en flor.

Los *huertos pensiles* de que habla el padre Sigüenza estaban plantados frente a los dos lienzos de mediodía y oriente. Representan, a un primer golpe de visión, el humanismo pluralista de Felipe II frente al racionalismo lineal de Carlos III. Así quedó ya analizado en la parte primera de este estudio.

Antes de cobrar forma esos huertos pensiles del Monasterio habían ido anticipándose, como precedente floral exquisito, los jardines de la *Fresneda*. Desde antiguo figuró con este nombre una finca situada bajo la villa del Escorial. La compró Felipe II a sus cinco dueños en fecha muy temprana, el 16 de agosto de 1563. Constaba de un mal *poblezuelo* y una gran *dehesa*. Cuatro años más tarde, el 22 de abril de 1567, la incluyó entre los bienes dotales del convento laurentino, por la ya conocida *Carta de fundación*.

La embelleció enseguida. Para ello, derribó sus casillas aldeanas, reparó su iglesia y edificó una casa de recreo o *granja* para los religiosos, aprovechando lo que quedaba de una *Torre de mayorazgo*. La granja es lo que ahora se conoce aún como la *Granjilla*. Junto a ella levantó asimismo el Rey un palacio de sosiego apacible para sí. En su recinto construyó también cuatro estanques para riego y pesca. Entre sus largas calles de arbolado y sus numerosos paseos, entretejidos de rosales, jazmines, parras y madreselvas, plantó con arte fray Marcos de Cardona, antiguo jardinero de Yuste, un delicioso jardín. La hermosura de sus órdenes y variedades de plantas sirvieron de cañamazo poco después a los huertos pensiles del Monasterio. Así lo relatan sus más documentados y primitivos historiadores.

Los *huertos pensiles* del Monasterio, desplegados al mediodía y naciente, constituyen el primer jardín botánico de España. Algo, además del nombre, describe al respecto el padre Sigüenza en 1602. Pero no enumera el riquísimo florón de sus especies ni su bordado de colores, concertados en un luminoso y bien compartido tapiz oriental. Es más detallista y descende a una nomenclatura botánica de más entendido pormenor el médico murciano Juan Alonso de Almela. Dedicó a este relato el capítulo XXXI de la parte tercera de su obra *Descripción de la Octava Maravilla del Mundo*, terminada de escribir el 10 de marzo de 1594, con el Monasterio recién salido del troquel. El capítulo mencionado se titula *De los jardines y huertas de este real*

edificio. Con referencia a la rica floración de esos *jardines*, presenta y va describiendo sesenta y una variedades, que se elevan a ochenta y seis, contando subespecies por razón de forma, tamaño y color. Completa el doctor Almela su relación de botánica floral, reducida al ornato de los *huertos pensiles del Monasterio*, con abundantes especies de consumo y paladar gustoso, plantadas en la *huerta*. Entre sus ejemplares diversos enumera treinta y tres tipos de frutales bien seleccionados y veintitrés clases de hortalizas y legumbres. *Sin contar otras muchas*, en uno y otro campo floral y horticola, de las *que por ventura no se nos dio copia*.

Estos frutos y flores, tan múltiples y diversos, provienen de las Indias o son naturales del país. Es un dato que añade años después el padre Sigüenza, en 1602, observando que *con muy poca diligencia de los que los cultivan, se conservan en el más riguroso invierno*. Es éste un éxito muy a tener en cuenta, *lo que no se logra en Aranjuez ni en otros jardines regalados*. Lo más notable para un naturalista, tal como refiere nuestro historiador jerónimo, es *que gozamos de sus flores y de sus frutos a pesar de los fríos fabonios y cierzos de la sierra*. La admiración sube a su más alto punto sorpresivo bajo la presencia entre esos halagos de *lo que muchos no creen, naranjos y limones*.

Todo ello contribuye a que estos ya inexistentes *huertos pensiles* del Escorial tengan un notable valor histórico. Sin desdén para el jardín árabe de Valencia, Murcia y Granada, o el colombino tempranamente trasplantado de América a Sevilla, éstos del Escorial pueden ser considerados perfectamente, por su arte y bien entendido saber de dirección y cultivo, como el primer jardín botánico de España.

La arquitectura del detalle, así en lo máximo como en lo mínimo. Puertas urbanas y campestres

El ordenamiento arquitectónico del Escorial no es cerrado. Habla un lenguaje eminentemente abierto en formas y volúmenes. Su comunión con el contorno es total. Le nace del alma. Es arquitectura viva. Torres, ventanas y patios hinchaban sus pulmones con la espiritualidad etérea del espacio infinito. Son respiraderos del propio ser.

Además de esta comunicación entrañable con el contorno físico, la arquitectura del Escorial sale andando a la calle para dialogar con el hombre. Su calle inmediata son lonjas y jardines. Entabla con ellos un diálogo de urbanismo monumental por las puertas de sus cuatro fachadas.

Las puertas de majestad más solemne son las que dan acceso a las dos lonjas. El apresto de mayor grandiosidad es el que mira a la lonja de poniente. Tres grandes puertas se comunican aquí con la diafanidad de su explanada. Es imponente la principal. Consta de *doce pies en ancho y veinticuatro en alto*. Las jambas, el lintel y el sobrelintel de esta puerta resaltan no sólo por la calidad del granito y por su corte arquitectónico perfectamente logrado, sino también por ser *todas piezas y piedras enteras, cortadas de una misma peña*. Como dato, al respecto, aún bien advertible, es digno de anotar que *el lintel, por ser tan grande la distancia y el hueco, quebró por medio, aunque se echa poco de ver*. Ese fallo de origen no se debe a la carga superior, anulada por el aislamiento aliviante del sobrelintel, *sino que se hendió por su propio peso*. Así lo relata el padre Sigüenza.

En el espacio que avanza entre ésta principal y las torres de la *Botica* y del *Colegio* hay otras dos puertas, menores pero *harto hermosas y de buen adorno*. El lienzo del norte se abre a la lonja respectiva por otras tres puertas, similares a esas dos menos grandiosas que encuadran la principal del poniente.

Por las fachadas de mediodía y oriente, alfombradas de *huertos pensiles*, la arquitectura sale a ellos como de puntillas, por *puertas pequeñas, de las que llaman hurtadas*.

Parece como si la piedra no quisiera romper con grandes huecos de bloques pesados la finura y la gracia del bordado floral. Hay tres puertas en el lienzo del mediodía y cinco en el de oriente, las ocho casi inadvertibles. Las *diferencias, resaltes y salidas* que saltan a los ojos en el lienzo del naciente, con el aposento del Rey Felipe en sus estancias, según advierte el padre Sigüenza a los visitantes que llegan aquí, *no piensen es falta de cuidado*. Su concertada diversidad obedece en simbolización de política profunda al *pluralismo de Reinos y Cortes*, heredado de los Reyes Católicos, así como a la vez al *cesarismo pluralista del Estado moderno*, ideado sin monolitismos por los Austrias.

Además de esas puertas hasta aquí aludidas hay otra hurtada también, mirando a la Lonja del Norte. Está abierta con disimulo en la Torre de las Damas. Da acceso al Palacio, en la sección denominada tardíamente de los Borbones. Dos más por el estilo existen en la fachada de oriente. Su disimulo es mayor aún. Cada una de éstas no es otra cosa que la misma reja de hierro, rasgada por la mitad, en dos de las ventanas inferiores. Por ellas se abre a los huertos pensiles de oriente el Palacio de Felipe II, con situación justamente en la fachada meridional del mango arquitectónico de la parrilla.

Los huertos pensiles, a su vez, se comunican con el contorno inmediato de la huerta, el bosquecillo y el antiguo *plantel* de oriente a través de doce escaleras. Descienden de dos en dos por seis puertas hacia la airosa arquería que sirve de sostén a la terraza colgante de estos pensiles. Sus 547 metros de longitud y 28 de anchura descansan sobre 77 arcos de granito, *rústicos* de nombre, pero sutil y laboriosamente tallados. Tan variada y noble plataforma es un basamento sin igual, sobre el que se yergue majestuosa y cobra realce la piedra aparentemente callada pero sonorisíma del Monasterio.

Por estas diecisiete puertas de las cuatro fachadas, de porte solemne o hurtado, la arquitectura independiente y viva del Escorial sale a su calle inmediata de lonjas y jardines. Esas sus más próximas salidas son como nucleares y bien patentes por situación e importancia. Aparte de ellas y de las otras seis más inferiores que descienden de los pensiles, El Escorial se comunica con la naturaleza exterior por otras cinco puertas de admirable factura, abiertas en su cinturón de cultivo horticola y de servicio habitado. Dos no están actualmente en uso.

Quedan en servicio útil otras tres puertas de noble ejecución. Son las conocidas como puerta del *Bosquecillo*, puerta de la *Vaquería* y puerta de los *Carros*, ésta ya en el recinto habitable de la *Compañía*. Cada una en su estilo son estas tres, lo mismo que las otras dos, puertas de *arco adintelado*, o también *arco de regla*. Corresponden estas expresiones, con más pura corrección denominativa, al que debiera llamarse *dintel adovelado*. Como un si quieres no quieres olvidadas y segundonas en finalidad, esas puertas de fina ejecución rezuman genio arquitectónico por sus siete y nueve dovelas, con la del centro por clave. Descansan estos linteles de piezas múltiples sobre soportes laterales compuestos también por piedras distintas, formando jambas almohadilladas. Cada uno de todos esos sus elementos coherentes está labrado con el más exquisito cincel. Los canteros de aquella época no se sentían unos picapedreros vulgares. Tenían conciencia de maestría en el oficio y se consideraban a sí propios como lo que eran: artistas de pura ley y fidelidad a los cánones del mejor estilo.

El hábito arquitectónico que dirigía punteros y buriles manifiesta la grandiosidad de su inspiración en estos al parecer nimios detalles. En El Escorial no hay nada hecho con desdén ni nada secundario. Todo es aquí soberbio y principal. Y marca un estilo para cuanto se construye en los contornos bajo el influjo de esa su radical y poderosa fuerza de inspiración.

Para conocer en su plenitud El Escorial de Felipe II no basta el monumento aprisionado en la parrilla realizada de la

imagen central. Lo circunstante y subyacente es primario también. Por *lonjas y jardines*. Por las arquerías, bóvedas, escaleras, lienzos, ampostas y molduras sin tacha de *sótanos, aljibes y alcantarillas*. Por los anexos exteriores de las dos primeras *Casas de Oficios*, de la *Botica*, de la *Compañía*, de los *Corredores del Sol* o *Galería de Convalecientes*, asomados con toda la obra al espejo del *Estanque*. Por esas *puertas* casi sin nombre y relegadas a tenor humilde de segunda, abiertas un poco a distancia al armonioso espacio del cinturón externo. Por todo ese largo etcétera de escondida pero bien cuidada arquitectura se descubre el pormenorizado señorío de una impar primacía. Nada hay aquí hecho impensadamente o dejado por accesorio a la ventura chapucera de ese tan mediocre y tan en uso ¿qué más da? Puede ser un ejemplo de esta alta sensibilidad de oficio la *primera y poco conocida bóveda plana*, o más exactamente *techo plano*, que cubre en los sótanos el *Salón de Platerías*, debajo de la *Iglesia Vieja*, mirando al sur. O allí mismo, siguiendo hacia el eje central de las *Salas Capitulares* y situada bajo él, la «mal llamada» *Mazmorra del Príncipe Don Carlos*. «Mal llamada», porque está esclarecido con el más documentado rigor histórico que no fue en El Escorial sino en el Regio Alcázar de Madrid donde vivió aprisionado el Príncipe, desde el 18 de enero de 1568 hasta el 24 del mismo año, fecha de su muerte, producida sin ningún fantástico parricidio. Con idéntica perfección de acabado arquitectónico se muestra la *bóveda de aristas*, situada en el centro de los sótanos de bajada al *Paseo de Africa*, bajo la *Lucerna del Convento*. Lo propio hay que decir de ese poco relevante pero tan logrado *casquete elíptico*, dispuesto en los sótanos del mediodía, sobre la escalera de descenso a los mismos, entre la *Iglesia Vieja* y las *Salas Capitulares*. Ni puede quedar en olvido la atrevida *escalera al aire*, de peldaños adovelados, que desciende de los *Corredores del Sol*, por el ángulo del mediodía, al *Estanque* de la huerta.

Esa *primera y poco conocida Bóveda Plana* escorialense es obra de Juan Bautista de Toledo. Bajo la conformación adovelada de sus piedras se siente irradiante la inspiración de un genio arquitectónico singular. Es a la vez techo de unos sótanos admirables y piso del primer recinto sacro del convento. Perdió éste su dedicación provisional de culto cuando se edificó la *Basílica*. Conviene advertir, en relación con ésta, que no se construyó con la magnificencia suntuosa de un gran templo público, sino con la sencillez de destino a *Capilla Real de Sus Majestades*, según relatan los historiadores y los documentos. Aquel otro recinto quedó después y para siempre con el nombre ya consagrado de *Iglesia Vieja*. La suntuosidad de la *Basílica* es principalmente su arquitectura. Como la de todo el Monasterio. La riqueza paramental y de ornamentación es secundaria y progresivamente posterior a sus orígenes puros. Encima de la *Iglesia Vieja*, hacia su interior espacioso, se sustrajo tempranamente al culto un pequeño y humilde compartimento. Se habilitaron en él enseguida, aunque también provisionalmente y mientras se daba forma y remate a las estancias del Palacio de Felipe II, las *primitivas habitaciones del Rey*. Descansa esta bóveda sobre cuatro arcos de bella factura, en cruz apalmerada. Los dos arcos frontales fueron cegados pronto por mampostería y composiciones pictóricas de genio y mano burdos. Por ello, al contemplarla, se ve sólo media sección del gran círculo. ¿Daría lugar este soporte, tantas veces visto por Felipe II, a la tan divulgada versión de la columna —leyenda o realidad— mandada construir por el «Prudente» a Juan de Herrera, bajo la *segunda y más conocida Bóveda Plana*, del sotacoro de la *Basílica*, en el centro mismo de su propia clave? Logros y maravillas de este tenor saltan al paso por doquier, en los más impensados y escondidos rincones.

Los reyes y arquitectos que van a ir completando el entorno de la obra filipense son imitadores o urbanistas, dirigidos a distancia por la inspiración siempre fresca y por la autoridad irresistible del genio fundador. Su poder domi-

nante sigue mandando aún sobre el tiempo y la peripecia. La comunión viva con el espacio infinito se manifiesta en toda la gran traza y en los mil detalles menores del granito tallado. Magnificencia, calidad y exactitud, concertadas y presentes así en lo máximo como en lo mínimo, son el secreto de su incomparable valer.

Con el «Juglar de Dios» por la Herrería

La imagen que ofrece a la mirada El Escorial no es la misma en todo tiempo. La meteorología, la época del año, los prejuicios y el lugar de observación contribuyen a configurarla con luces o sombras en la retina. La lluvia, la humedad, la nieve y la niebla hacen lúgubre esa imagen. El sol y la claridad del cielo la hacen translúcida. La fachada de mediodía es áurea. La de oriente, barroca. La del norte, cuartelera. La de poniente, sapiencial. La riqueza arquitectónica escorialense no es simple. Es múltiple. Los contenidos de ese caudal son profundos y dispares. Desde las alturas se ve erguirse a la gran mole, enhiesta en una sinfonía de proporciones y tonalidades a escalas y niveles distintos, con torres, patios y cubiertas, lonjas y jardines, granito, pizarra y bosque concertados en arquitectura equilibrada de unidad y diversidad.

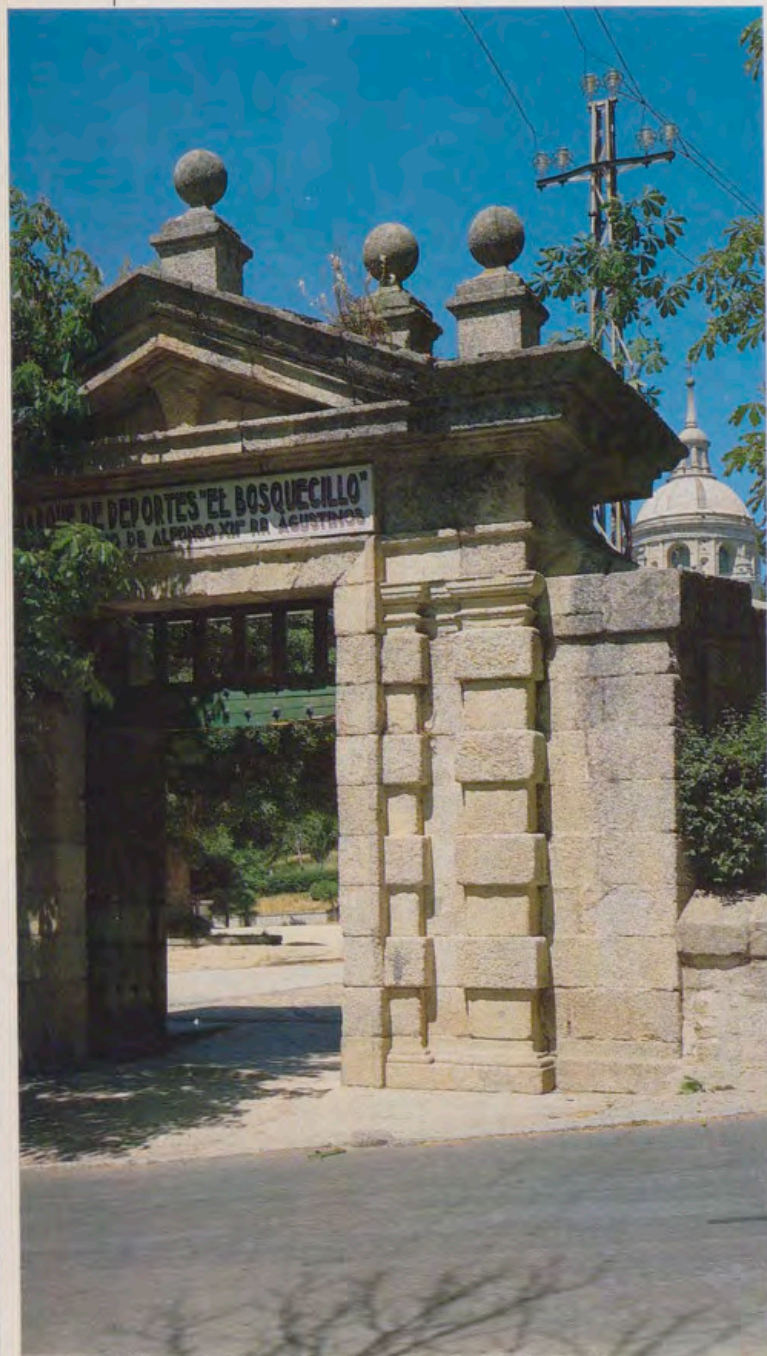
Son conocidas las visiones de melancolía tétrica, sepulcral, despótica, anonadante, trágica, de Teófilo Gautier en 1843, de Emilio Bertaux en 1923 o de Peter Schmidt en 1956. Otros muchos, más aún dentro de España, han dado carta de naturaleza a sus tópicos. Circunstancias de tiempo y cristales interiores coloreados han puesto en su retina una imagen sin objetividad arquitectónica, sin buen estilo estético y sin base real. Cualquier cosa cae bien sobre la armonía escorialense menos unos ojos frívolos.

Ahora no va ocurriendo ya así. *El Escorial se nos aparece* —según escribe Paul Guinard en 1963— *no como una esfinge de granito, sino como un rostro humano que anima y cambia según las estaciones y las horas; no como un sepulcro o una prisión, sino como la proyección terrestre de los «castillos del alma»; como la imagen gloriosa de la paz y la fuerza*. El Escorial va ganando la batalla de la imagen, que perdió en el siglo XIX. Año tras año, de cara a su sentido histórico, espiritual, político y vitalista, hay más serenidad en los juicios y valoraciones.

Por otra parte, en este día de hoy, el cielo está diáfano. La atmósfera se enciende de luminosidad sonora. Comienza a atardecer. Es primavera. Los muchachos han concluido sus clases en los colegios. Los mayores vuelven del trabajo. La calle empieza a bullir. Pero con desgana. Escasea el dinero para gastarlo con alegría en bares y jolgorios. En estas gentes serranas la costumbre ahorrativa y el sentido de la parsimonia las hacen todavía inmunes al derroche y a la vida frívola, a pesar de los forasteros. Prefieren relajarse ante la televisión, o salir a pasear por el bosque.

A los pies mismos y sirviendo de alfombra a la piedra cárdena del conjunto urbano —la *hermosa piedra cárdena* con que se refiere a esta serranía el padre Sigüenza en 1602— la naturaleza canta su mejor música, siempre luminosa y siempre fresca, en el bosque del Escorial. Los pájaros ponen la voz. Las flores, la partitura. Pájaros y flores se funden aquí en abrazo místico. Es una sinfonía pascual, de renacimiento franciscano al amor humilde, eterno, *de las hermanas cosas, de la hermana agua, del hermano viento, de la hermana piedra, de la hermana vida, de los hermanos hombres, de las hermanas y amables criaturas de Dios*. Es San Buenaventura quien presenta en su tiempo a Francisco de Asís como *Juglar litúrgico de Dios*. Y Juan Pablo II, con ocasión del VIII centenario de su nacimiento, acaba de proclamarlo *Patrón de todos los amantes de la ecología*.

*Puerta del Bosquecillo,
de salida a la Calleja Larga
o antiguo Camino de los Arrieros,
frente a la dieciochesca
y actual Casita del Príncipe.*



**Pulmón silvestre para la ciudad deshumanizada.
La «Herrería». ¿Bosque o dehesa? Los caceríos reales**

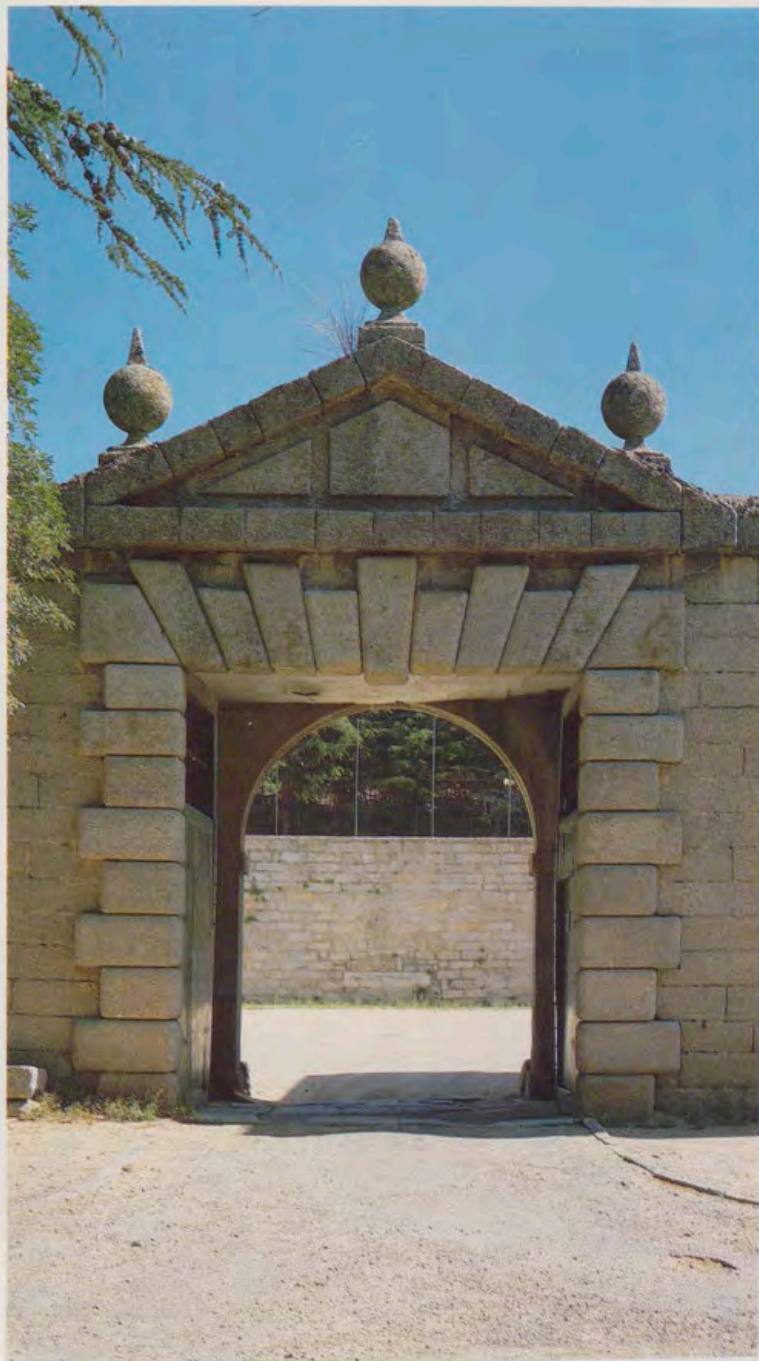
Junto a los muros mismos de la *hermana piedra* escurialense abre día tras día el universo de la creación el concierto vital del bosque. Urbanismo y sociedad se liberan aquí de cánones y exactitudes. La inocencia perdida con la deshumanización de la cultura renace en cada encuentro del hombre con la naturaleza. Un mundo sin bosques es un panorama de ruinas muertas y de maniqués mecánicos, movidos sin libertad y sin corazón.

*Puerta de la Vaquería,
junto al Estanque de la huerta del convento.
Dentro del encuadre de luz,
el Pozo de la Nieve,
reconstruido en el IV Centenario de la Primera Piedra.*



Felipe II no se limita a construir monumentalmente la piedra monástica del Escorial. Asegura a la vez con especial cuidado la subsistencia de sus monjes. Sin humanística no hay arquitectura que perdure. Para ese sostenimiento humano, Felipe II dota copiosamente al Monasterio de *dehesas, términos, heredamientos, prados e otros bienes raíces*, pagados por compra de buena cuenta a sus propietarios legítimos. De todos ellos hace *donación pura, perfecta e irrevocable, que es dicha «entre vivos», para ahora y para siempre jamás, al dicho monasterio de Sant Lorenzo*. Así aparece en la *Carta de fundación y donación*, otorgada, como ya se ha visto, a 22 de abril de 1567.

*Puerta de los Carros,
de salida
de la Campaña
hacia el Camino de Robledo,
hoy carretera.*



*Columnas de Hércules, construcción tardía de 1898,
junto al muro exterior de la huerta del convento,
al poniente: puerta de bajada a la Herrería,
hacia el antiguo Camino del Castañar,
hoy carretera.*



De todos estos bienes dotales, después del huracán desamortizador que arrasa el patrimonio monástico de España durante la primera mitad del siglo XIX, con acentuación drástica a partir de 1835, casi todos han pasado al dominio de manos privadas. El único heredamiento rústico que perdura en El Escorial hasta hoy, como bien de la Corona, administrado por el Patrimonio Nacional, es la *dehesa de la Herrería*, término que fue de la ciudad de Segovia. La compró Felipe II, con la correspondiente escritura de venta, a don Pero Gómez de Porras, vecino y Regidor de la dicha ciudad de Segovia, el 22 de marzo de 1562. Así consta en la cláusula primera de la *Carta de fundación* aquí referida.

Continúa seguidamente en ella la relación individualizada de las demás dehesas, anejos y otros bienes, adquiridos al igual por compra y agregados a la dotación monástica de San Lorenzo. Arquitectura y urbanismo arropan su desnudez con este don primario de naturaleza. La geometría racional del granito tallado cobra aliento de este modo y se abre con alma al latido de la vida. Sin bienes de subsistencia es utópico el culto del espíritu.

El jardín de los Borbones, que se extiende a los pies del Monasterio y las Casitas del Príncipe y del Infante, es arquitectura vegetal. Forma un todo unitario con la admirable proporción de esa piedra tallada. El bordado perfecto que

cuadrícula el verdor de mediodía y oriente en el Monasterio dulcifica la rigidez del granito. A su vez, las secuoyas gigantes que enaltecen la entrada a las Casitas transmiten un latido de aliento selvático al primor principesco de su estructura. Pero nada de ello es naturaleza. Es razón estudiada. Urbanismo ecológico. Brote germinal de floresta encauzado por la civilización.

Asimismo, tanto la huerta del Monasterio como los plantíos de las dos Casitas, que prolongan el espacio exterior de esos jardines, no son naturaleza tampoco. Las plantaciones alineadas de pinos y castaños, de olivos y ciruelos, de olmos y zarzamoras, entre bancales de hortalizas, macizos de flores, arbolillos en semilleros y vacas en pastizales, son agricultura un tanto primaria, degenerante en matorrales de bosque montés. Junto a las tapias de esa huerta y esos plantíos asilvestrados, se palpan los primeros indicios de que la naturaleza está ahí. Es una naturaleza a la brava, sin una ordenación dirigida, creciendo a su aire, un poco virgen y un poco sin aliño. Aunque bastante ennegrecida por el hombre, aparece llena de vida y estallante de sonoridad, luz y color. Es el bosque de la *Herrería*.

La donación de ésta y otras fincas al Monasterio, con formalidad de bienes dotales, no impide que Felipe II haga para sí propio, en la cláusula 65 de la misma *Carta de fundación*, una *reserva de caza*, remitiéndose a ordenamientos anteriores. Dicho límite de reserva y dicha remisión —ésta veladamente aludida— se ajustan a lo proveído más al por menor en una real cédula precedente, despachada el 4 de octubre de 1563. Aquí detalla el Rey más en concreto: *La caza mayor y menor, y pesca de ella, queremos que se guarde para nuestra recreación, y para la provisión y beneficio del dicho Monasterio*.

Sobre esta base, el jerónimo escurialense fray Joseph de Santa María escribe y publica en 1727 unas *Disceptaciones sobre los privilegios en lo espiritual y temporal del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial*. Distingue, al respecto, el significado entre *bosque* y *dehesa*. Contra el sentir de Ovidio y siguiendo a Calepino afirma: *Bosque propiamente se dice aquel campo ameno que es comprado principalmente para diversión y recreo del Príncipe*. Por esta razón, afirma: *El Sitio del Pardo se dice bosque y no dehesa*. Lo contrario sostiene con referencia a las *dehesas, prados y heredades del Escorial, cuyos nombres explican primaria y principalmente la utilidad, y accidentalmente y como cosa accesorio y secundaria la diversión*.

Esclarece la diferencia razonando la compra de estos heredamientos. Sostiene como base argumental que *el motivo principalísimo de Sus Majestades fue ofrecerlos a Dios y darlos en dote al Monasterio, como lo explican en sus reales cédulas*. Las Majestades a que se refiere son las de Felipe II y Felipe III. La voluntad de Felipe II consta en la *Carta de fundación* y en el *Codicilo* complementario de 25 de agosto de 1598. Este complemento dotal se patentiza en la cláusula 19 del mismo, referente al aumento de la dotación con las *dehesas de Campillo y Monesterio*. Estas dehesas fueron agregadas a los bienes de la Fundación, para cumplir la última voluntad de su padre, por Felipe III en 1603. Precisamente su compra y donación al Monasterio son la causa motivante de las *Disceptaciones* de fray Joseph de Santa María, con su distinción filológica entre *bosque* y *dehesa*. Sobre todos estos bienes afirma —como así es— que Sus Majestades, *en sus reales cédulas, no los llaman bosques, sino dehesas, tierras, montes, prados, haciendas*, por razón de la accidentalidad recreativa de los reyes y la principalidad del servicio y sustento monásticos.

La prohibición hecha a extraños de cazar en estas heredades es temprana. La hace Felipe II por provisión real el 3 de septiembre de 1565. El traslado de la Virgen de la *Herrería* a la parroquia de San Bernabé, decretado, según se ha visto, en 1582 y 1587, responde como motivo de fondo a impedir que las romerías marianas espanten o sean un impedimento para los reales cacerios. La ermita y culto

de la Virgen de Gracia, por su situación a más altura del monte y más a la orilla de la floresta, junto a la *Pisada del diablo*, no producía quebranto tan visible. Pero es tal el aumento de caza que se experimenta con la prohibición real, que el mismo Rey Felipe II se ve forzado a dictar una orden más abierta y menos limitada el 17 de marzo de 1591. De cualquier modo, el padre Sigüenza menciona en 1602 las *grandes manadas de venados, puercos, jabalies en piaras y conejos sin número*. Ya en el siglo XVIII, cuando Carlos III inicia el urbanismo escurialense de San Lorenzo, solamente en la *Herrería* el crecimiento de piezas ha ascendido a cifras de fábula. Viudo Carlos III de la Reina María Amalia de Sajonia, fallecida en el palacio del Buen Retiro de Madrid el 27 de septiembre de 1760, distrae su melancolía con la caza en El Escorial. Entonces es cuando se inician las primeras construcciones efectuadas por particulares en el Real Sitio de San Lorenzo, a partir de la autorización por real cédula, expedida en Aranjuez el 3 de mayo de 1767, tal como se ha analizado en la primera parte de este estudio. Según cuenta el padre Quevedo en su *Historia*, con referencia al cacerío escurialense y a la pasión cinegética de Carlos III, era *aficionadísimo el nuevo monarca a la caza, que tanto abundaba en aquellos amenísimos bosques, pues se computaba que habría en su recinto 16.000 reses mayores de vientre, sin contar las crías*. A tal respecto, relata el mismo Quevedo, remontándose un siglo atrás, que *en 1673 había el convento presentado un memorial a la Reina Doña Mariana de Austria, pidiéndole permiso para matar diez o doce mil gamos, para sacar alguna utilidad de los bosques, que no bastaban al mantenimiento de tanta res como había*. Conviene advertir que desde la muerte de Felipe IV en 1665 era Gobernadora del Reino la Reina madre Doña Mariana de Austria, por minoría del futuro y enfermizo Carlos II.

Posteriormente a los Austrias, en la época de los Borbones, sobre todo cuando Carlos III sube al trono, constituyen el placer regio por antonomasia los caceríos reales. Es una diversión de alto porte, que va a ir extinguiéndose con los años. Precipitarán la desatención progresiva los acontecimientos políticos que se producen con ocasión de las guerras napoleónicas. La sumisión del absolutismo a formas constitucionales y la subsiguiente desamortización de bienes monásticos, que llenan gran parte del siglo XIX, con altos y bajos hasta la *Restauración*, tienen como efecto en la *Herrería* la conversión de los placeres regios de cacerío en recreación popular. Por esto mismo, aquellas *Disceptaciones* sutiles de fray Joseph de Santa María, sobre la denominación más apropiada entre *bosque* o *dehesa*, carecen de sentido hoy. La *Herrería* ahora, sin ningún interés de caza para la Corte y con muy poco maderero o de aplicaciones ganaderas, es *bosque* en rigor puro. El pueblo de los dos Escoriales —y en cuantía máxima el dominguero o excursionista de Madrid, que invade y ensucia sus espacios— gozan de su regalo apacible y disfrutan de su inestimable solaz. Antes que finca de utilidades mustias y mucho más que sólo historia, es un respiradero de lozanía y salud. O un incensario de oxígeno y atmósfera sin contaminación, a pesar de ese basurero en que va convirtiéndose más y más cada día. No obstante esto, el aroma de naturaleza que aún sigue exhalando, en lucha con la civilización asfixiante, es su más apreciable valer.

La vegetación abre su fronda en la *Herrería* al respiro de la ciudad deshumanizada. Es su pulmón vivo. Madrid debiera pagar un canon de sanatorio por su utilización. No pertenece en ley a ninguno de los dos Escoriales. Es del Estado, con personalización en la Corona, que la administra bajo la gerencia del Patrimonio Nacional. Los dos Escoriales, aunque civil y municipalmente distintos, se funden en este abrazo inmaterial de la *Herrería*, que les asiste en función graciosa de farmacia y médico de cabecera. Su palpación concertada de pájaros y flores, bajo la luminosidad hermanante del Monasterio, les hace uno solo, como urba-

nística, como naturaleza, como bosque, como espíritu, como demografía y como relación de convivencia. Y como fuente inagotable de rejuvenecimiento, de humanística y de regeneración vital.

Arboles y pájaros en lucha cosmogónica con el hombre. Misa de «requiem» bajo la fronda de la «Herrería»

También la naturaleza es un arquitecto de profesionalidad infatigable. Nunca le falta trabajo. Jamás se cansa de construir. Siempre está en acción. Su obra más admirable es ese edificio de la vida. El bosque fue engendrado por la naturaleza mucho antes de que naciese la ciudad. El hombre urbano es casi de hoy. Nace por los años 6000, 5000, 4000 antes de Cristo, en las cuencas del Nilo, de Mesopotamia, del Ganges, del Yang-tse-kiang. La ciudad griega y romana —vistas no tanto en su ordenamiento político-social de *polis* y *civitas* como en su armadura convivencial de *asty* y *urbs*— más que pasado son ya futuro.

La vegetación es la carne del bosque. Los animales son su alma. El suelo y el subsuelo, tierra vegetal, rocas y agua le dan estructura ósea. El aire y la luz lo hacen respirable y perviviente. Los pájaros son la flauta mágica y el lenguaje más sensible de su cotidiana inspiración.

Así la Villa como el Real Sitio tienen aún hoy su bosque en El Escorial. Es ese bosque espléndido, mitad monte y mitad floresta: el bosque de la *Herrería*. Sus orígenes toponímicos se remontan a la Edad Media. Aparece ya su mención en el *Libro de la Montería*, escrito durante la primera mitad del siglo XIV o en la segunda del XIII. No andan de acuerdo los autores: José Gutiérrez de la Vega, Felipe Benicio Navarro, José Amador de los Ríos, Julián Zarco Cuevas. Se conserva este código manuscrito en la Real Biblioteca Laurentina Escorialense. Se discute en su análisis crítico si es o no es éste el código original y si fue compuesto para Alfonso X el Sabio o para Alfonso XI el Justiciero. Sea de ello lo que fuere, se menciona cuatro veces en él este bosque del Escorial, con el nombre de *Cabeça de la Ferrería* y *Collado de la Ferrería*, valorándose como *muy real monte de osso en berano y abesses en yuerno y aun de puerco*.

Aparte de ese valimiento cortesano como cacerío real, la *Herrería* es un bosque de condición privilegiada como naturaleza aún en vivo. El tantas veces citado padre Sigüenza, Bibliotecario de la Real Escorialense, describe este bosque así, según ya se ha relatado con anterioridad, siendo prior del Monasterio en 1602: *Dehesa de gran frescura y arboleda, poblada de diversas plantas y de mucho pasto y verdura, donde se ven grandes manadas de venados, puercos, jabalíes en piaras, conejos sin número: mirada desde el convento, parece una mata de albahaca en el verano, que es gran alivio de la soledad y de la vista*. El deleite vivo de su frondosidad primaria se extiende exuberante entre la magnificencia arquitectónica del Monasterio y el primor ajardinado de la *Fresneda* antigua, cuya *recreación de reyes, en tanto arte compuesto, no puede llegar a la hermosura que aquí plantó la naturaleza*. El manuscrito original de esta obra, concluido por el padre Sigüenza el año 1602, se publica por primera vez en 1605. La referencia en diferentes ocasiones hecha aquí por nosotros a uno u otro año se debe a esta doble fuente de relación originaria. El propio autor corrige minuciosamente las pruebas de imprenta, con introducción de no pocas variantes sobre el texto del manuscrito. Muere el año siguiente, en 1606.

La civilización no ha matado aún esos encantos. Han desaparecido las fieras y reses de caza mayor. No hay osos ni venados para trofeos de montería. De cuando en cuando, por los inviernos, se asoma y corre por sus vaguadas algún corzo. O algún jabalí. A éste intentan cazarlo los guardas del Patrimonio Nacional. Pero se les escabulle casi siempre. La mixomatosis ha dado fin también a los conejos. Quedan

solamente raposas y ardillas. Liebres y tejones en los altos. Hasta algún lince. E infinidad de topos bajo la hierba.

Los árboles, asimismo, van clareándose en la espesura. Cada día le nacen al bosque nuevas calvas. El *ésculo* originario, de donde le brotó al Escorial el nombre —*esculial*, *escurial*, *escorial*: sin ningún étimo de *escorias* en la raíz, aunque discrepe el padre Sigüenza—, apenas ya si se ve. Como casi tampoco su hermana la encina. Quedan arbustos y una gran maraña de monte bajo, carrascas, cambroños y cambroneras; algún serbal; algún que otro piorno; espinos, escaramujos y zarzales; jara común, jara de estepa y jara cervuna, hacia el *Risco de la Naranjera* y en todo el circo serrano *escorialense*; lentiscos, salgueras y majuelos; endrinos, retama albarina y retama negra; un madroño de vieja estampa (*Arbutus unedo*) bajo la *Silla de Felipe II*; hiedras trepadoras; bastantes áceres y enebros; unos cuantos guindos, cerezos, regoldos, carbajos, quejigos, acebos y manzanos silvestres; algunos castaños y pequeños corros de tilos y hayas; algunos alisos y abedules; algún tejo solitario; un alcornoque en *El Romeral*; el álamo blanco, balsámico y negro; el falso álamo, olmo o negrillo; el popular chopo; diversos ejemplares de especies cultivadas y plantaciones menos propias y de más reciente aclimatación. El Fresno y el roble, abundantes, compactos, frondosos, son los que perviven a placer, así como los que más han resistido y resisten aún la acometida cruel del hacha y el fuego. Resaltan también entre todos por ser los que dan aún al bosque consistencia y densidad.

Bajando de la Silla, en su vertiente suroccidental, junto al *Camino de la Zorra*, se encuentra uno con ese antes señalado el último madroño silvestre de la *Herrería*. Algún que otro ejemplar se ve por la zona, pero en plantaciones de cultivo. A éste, crecido entre peñas bravías, solamente le falta el oso para formar en imagen única el escudo de Madrid. Entre sus hojas revuela la *Charaxes jasius*. Lleva un iris de luz en los volantes de sus alas. De ahí su nombre vulgar: «iris del madroño». Es éste su casa más constante. Por el peligro que corre de extinción ha sido declarada «especie protegida». Sobre una zarzamora, casi al lado mismo, exhibe sus tres filas de lunares negros, esculpidos sobre terciopelo nacarado, una *Argynnis paphia*. Es fácil verla de julio a septiembre. Se conoce como «nacarada» entre los entomólogos y como «tabaco de España» en lenguaje no científico. Además de estas dos, otro gran número de mariposas volanderas tornasolan el lugar con sus sedosos colores. No es muy común que ni la *Charaxes* ni la *Argynnis* suban tan frecuentemente por aquí. Pero el abrigo soleado de la zona favorece su asentamiento. Ese resguardo del microclima forestal *escorialense* presenta de vez en vez al observador el regalo de tan finas sorpresas. En el bosque de la *Herrería*, a pesar de las devastaciones, la naturaleza es aún biología en flor.

Entre las especies bien aclimatadas descuella umbroso por paseos y rotondas el plátano de Londres (*Platanus hybrida*), emparejado con el arce real, botánicamente conocido como arce platanoides (*Acer platanoides*). Junto a ellos prolifera el arce por antonomasia, arce blanco o también falso plátano (*Acer pseudoplatanus*). Hay aquí otras dos variedades de arce, más del terreno e inferiores en talla: el arce menor o común y asimismo moscón (*Acer campestre*), y el arce de Montpellier, más pequeño aún y carrascoso (*Acer monspessulanum*). Abundan estos dos últimos en su primitivo estado natural por toda la *Herrería*, principalmente en torno a la *Fuente de la Reina*, la *Silla de Felipe II* y el *Canto de los Reyes*. Los lugareños les dan, sobre todo al segundo, el ya mencionado nombre de *ácere*, designado así por el propio padre Sigüenza en la primera parte de su *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Han logrado aclimatación total la acacia, el abeto, el pinsapo, el ciprés, todos con multitud de especies, subespecies y variedades. Abunda el castaño de Indias (*Aesculus hippocastanum*), principalmente en las zonas más urbanas. Y ya desde primeros de



Puerta principal
del Monasterio.
«De doce pies
en ancho
y veinticuatro
en alto...
El lintel,
por ser tan grande
la distancia
y el hueco,
quebró por medio,
aunque se echa
poco de ver...
Se hendió
por su propio peso»
(SIGÜENZA).

siglo ha arraigado en las vertientes y abrigos más soleados de la sierra toda una resinosa y aromática cobertura de tupidos pinares, con abundosa y rica pluralidad de gamas: *Pinus pinaster*, *halepensis*, *cendra*, *clussiana*, *sylvestris*; *mugo* o *nigra* y *laricio*; *insigne*, *alerce*, *salviniana*, *ponderosa*... Respirar entre ellos es airear el ser.

Algo más arriba, bajo el *Pico de los Abantos*, acaba de soltar ICONA últimamente unas parejas de halcones, gerifaltes, peregrinos y comunes, en distintos ámbitos, próximos al ya viejo hábitat del águila perdiguera, el ratonero y el abanto mismo. Me lo cuenta Santiago Arroyo, agente forestal de la zona. Y es fácil verles planear, al caer de la

tarde, bajo el azul del cielo. Es también Santiago quien ha visto un lince, con sus orejas de pincel, por la *Solana de Abantos*. Y jabalíes entre el breñal.

Con referencia al tapiz bajo de la *Herrería*, cada fin de semana el hombre es un rodillo para la pradera. Papeles, plásticos, envases de cartón, botellas, latas y residuos de comidas convierten el bosque en un muladar. Parece que va a morir de súbito. Pero el milagro se produce: renace fulgente y en todas sus galas a la vuelta de abril. Aunque no es éste un milagro de desinencia imperturbable: la resurrección se repite con pulso más débil cada primavera.

Otro tanto ocurre con los pájaros. Una muchachada abri-

Ruiseñores y otros pájaros del Escorial

1, 2 y 3. Ruiseñor común (*Luscinia megarhynchos*) ante sus polluelos: alimentándolos, en vigilancia o de limpieza.

4. Papamoscas gris (*Musicapa striata*) empujando su puesta de huevos.

5. Curruca cabecinegra (*Sylvia melanocephala*) cebando a sus polluelos.

6. Pito real (*Picus viridis*).

7. Oropéndola (*Oriolus oriolus*).

8. Ratonero común: *Buteo buteo*. Muy joven aún, descendido con el vendaval a la Herrería desde la cumbre de Abantos.

9. Cárabo: *Strix aluco*. Su quejumbre nocturna se extiende por las proximidades del Monasterio.

10. Abejaruco: *Merops apiaster*.

11. Colirrojo tizón: *Phoenicurus ochruros*.



4.



5.



8.



1.



6.



9.



2.



10.



3.



7.



11.

lera y mayera los persigue. Y destruye sus nidos, hasta en las puestas tardías de junio y julio. Hacen colección de huevos —explican— cuando intenta uno recriminarlos. Pero los pájaros son más astutos. Nadie gana en saber de ocultación a los ruiseñores, que anidan por miles entre el bosque umbroso. Las urracas, los mirlos, las tórtolas, las torcaces y los grajos son más ingenuos: pocos salvan sus nidos tan a la vista. Otros pájaros son más precavidos. Parece como si adivinasen el peligro de muerte, rivalizando todos ellos en destreza fabril de disimulo.

La oropéndola cuelga el nido de lo más alto, bajo las copas mismas. El jilguero lo mece al viento, en la punta casi imposible de una rama. El mito recurre a un disfraz perfecto de imitación: lo fabrica con yerbas y filamentos bien escogidos, adaptados miméticamente al color del arbusto en que va cobrando forma. El verderón lo encubre entre los brotes de cualquier nudo. El herrerillo, el pico real, el abejaruco, el paro común lo esconden en un agujero. El cuco gana a todos en astucia y egoísmo parásito: pone los huevos en nidos de otras aves, un huevo por nido, para que los empollen y cuiden sus crías.

Son pocos los pájaros que no se enfrentan con algún ardid al salvajismo destructor de unas gentes que se dicen civilizadas. Verdecillos, pinzones y chochines; reyezuelos, picogordos y trepadores; tarabillas, pechiazules y colirrojos; roqueros y collalbas; currucas, zarceros, papamoscas y bisbitas; pardillos y petirrojos..., en encuentro de frecuente amistad con rabilargos y arrendajos, piquituertos y lúganos, calandrias y perdices..., que descienden de las altas pinedas y sus vecindades esteparias, neutralizan con la defensa inculтивada del instinto la agresividad urbana y culta del hombre antinatural.

A pesar de esa agresión persecutoria, la *Herrería* es un estallido de gorgoros y colores. Cantan los pájaros para despedir al día, en pugilato reñido por darle cada uno su postrer adiós. Del 2 de mayo al 10 de agosto las puestas de sol se hacen largas en El Escorial. Durante esos 100 días el sol comienza a ocultarse, por detrás de los montes de Malagón y Abantos, una hora antes que en las tierras de llanura. La luz de las atardecidas penetra ahora entre los árboles, dejándolos como envueltos por la gasa de una suavidad sutil. Todo el bosque se tamiza de paz. Es un concierto místico, de zampoña entre monástica y pastoril. Los pájaros entonces cantan y cantan, desgañitándose, en un prolongado frenesí de despedida. Palpo, más que oigo, la infinidad maciza de sus voces, tan apiñadas unas con otras, tan ciertamente dispares, tan formando un cuerpo sólido en torno a mí, que lo puedo cortar con un cuchillo. Pero no caigo en la tentación de ese sacrilegio. Todos queremos que el bosque siga sonando a música alada y siga oliendo a colores en flor. Es nuestra querencia primitiva, salvadora de la incivilización que asedia nuestro espíritu.

Me traslado en evocación al año 1914. Tengo a mi lado a Ortega. Está escribiendo las *Meditaciones del Quijote*. Sentado aquí, junto al cristal del mismo arroyo, que corre a sus pies y a los míos, en *blanda quejumbre*, con la espalda sobre el tronco de un roble centenario, hilvana el filósofo su *Meditación preliminar*. Se ha detenido el tiempo. *En el roble ha entrado ahora poco una oropéndola, como en un palacio la hija de un rey. La oropéndola da un denso grito de su garganta, tan musical que parece una esquirla arrancada al canto del ruiseñor, un son breve y súbito, que un instante llena por completo el volumen perceptible del bosque. De la misma manera llena súbitamente el volumen de nuestra conciencia un latido de dolor.*

Me invade también a mí ese dolor caliente. El puñal de una civilización salvaje hunde su locura en la entraña del bosque. Es cierto que la naturaleza sabe arreglárselas siempre para vencer a sus asesinos. Tiene recursos abundantes contra los que aún no ha podido triunfar el hombre civilizado. La naturaleza no es salvaje. A medida que el hombre se civiliza va creciéndole una selva en el corazón. Saber ta-

larla a tiempo es redimirse. Con vuelo de alas en el espíritu se redime siempre el hombre del salvaje que lleva dentro. Sin esa vibración alada, la civilización se convierte en antinaturalidad. El hombre mismo es su víctima segura.

El templo a medio derrumbar de la *Herrería* y toda su floresta son un doliente catafalco. El cuco, en lontananza, deja oír pausadamente, a dos tonos, la queja lúgubre de un responso infinito. El crepúsculo desciende sobre los árboles y pájaros con el crepón negro de una misa funeraria. Es una acongojante misa de *requiem*. Se extinguen las últimas voces de la tarde. Todo se ha callado. Sólo se oye el silencio. Se siente el estertor de la *Herrería*, asesinada por el hombre. Enloquece la razón vital. Es posible que nuestra irreflexión delirante dé muerte así a la naturaleza. Es posible que ese enloquecimiento de la Humanidad deshumanizada termine algún día con el último pájaro, con la última ardilla, con el último árbol, con el último arroyuelo, con el último canto y con la última flor de los bosques: con el último bosque en sí. Todo eso puede ser que ocurra. El hombre puede matar estúpidamente a la naturaleza. Pero será su perdición. Porque entonces mismo la naturaleza matará también al hombre. Será su venganza.

Pero parece que va retrasándose el horror de ese exterminio. El bosque no muere. Renace más lozano otra vez. A pesar del hombre, tan pequeño, tan ruin, tan poco poderoso en sus estragadoras barbaries. El aliento vital de la naturaleza produce cada día en el bosque el milagro de su resurrección. Es su alma. Las profecías negras van quebrándose una tras otra sobre ese rebrote cotidiano de exuberante poder. Es el infinito, que desbarata los despropósitos de la inefable finitud humana.

Oxigenación de la sensibilidad, entre las «floreccillas» del hermano Francisco

El bosque de la *Herrería* es botánicamente un lujo de la naturaleza. Constituye un microclima, más húmedo que el del circo serrano circundante. Tiene sus máximas y mínimas atemperadas. El terreno, conformado aquí en cuenca de hondonada, es más rico que el resto de la región. Esta riqueza obedece a que recoge la lluvia de las zonas altas y picos enhiestos, erosionados y lavados por el deslizamiento pluvial. Su acción progresiva de arrastre va produciendo lentamente en la artesa baja del bosque un suelo esponjoso, de tierra muy apta para la vegetación. En este medio las hojas se pudren pronto, formando un *humus* negro, del que brota una blanda cobertura de árboles, matorrales, flores y hierbas de mil tonalidades. Sólo en los años extraordinariamente secos, como el actual, la frescura pierde alegría y color.

De cualquier forma, con extremismos y sin extremismos meteorológicos, pasear por la *Herrería* en cualquier época y circunstancia es ese sosegado estremecerse o esa oxigenación de la sensibilidad, que sólo tienen asiento en la hondura del espíritu. El lenguaje de la naturaleza habla siempre con esta sonoridad íntima.

Ha pasado un breve tiempo. Cae nuevamente la tarde. Es una tarde quieta, de acariciadora y tibia luminosidad. El sol de este estio serrano se filtra entre las hojas de los árboles umbreros. Sube la *Herrería*, cargada de aromas y salmos, por las veredas, lonjas, calles, plazuelas y retesos del Real Sitio. Asciende en caravana de mil dromedarios invisibles, hacia ese su altar mayor, que es la piedra encendida del Monasterio. Por todo el poblado, a pulmón desoprimido, se respira la densidad de su presencia sutil. Ese cortejo se funde con el olor a resina, a jara, a santolina silvestre y a tomillo salsero que baja de los pinares. Cada año, durante más de un mes, hace aquí la naturaleza esta pagana procesión del *Corpus*. Me siento invadido en todo mi ser por su vaho de vegetación incitante. Aspiro el soplo de su

aliento profundo, que me invita a desintoxicar el cuerpo y el alma con su oxígeno purificador.

Bajo a su encuentro. Es sábado y 25 de junio de 1983. Ha comenzado ya el estío. Comienzan también las vacaciones escolares. Me acompañan Juanma y José, dos *gurriatillos*. Como alguna que otra tarde anterior. Juanma tiene once años. José, nueve. Llevan un balón. Vamos dejando atrás la fuente del Seminario, el pastizal de la Pradera y el regato de los Capones. Aquí ha construido la floresta una alta cúpula de plátanos umbríos —el *Platanus hybrida*— auditorio y templo a la vez, con una orquesta de mil ruiseñores por músicos. Seguimos adelante por este viejo *Camino del Castañar*. Dejamos a nuestra espalda la Cruz del Descanso, los salces, helechos, zarzamoras, endrinos, majuelos y escaramujos del Aulencia. Los tres nos adentramos en el bosque, entre el riachuelo y la carretera de Avila. José es más vivaz y parlanchín. Juanma, más observador y remirado. Los dos son despiertamente agudos y por igual occurrentes. Resulta una delicia su conversación. Los escurialenses del Real Sitio son *gurriatos*. Los de la Villa, *caciques*.

La *Herrería*, en estos precisos instantes, es una sinfonía alada. Los pájaros constituyen una filarmónica de concertistas domingueros, espontáneos. Sus voces son puras, vírgenes, transparentes, sin desafinaciones artificiosas. La naturaleza se extasia. Las flores parece que escuchan. Flores blancas, amarillas, azules, moradas, carmesíes, de roja sangre. Como ellas, como el bosque, me siento enmismado. José corta una flor.

—No la arranques —le reprocho—. Las flores no se cortan. Se ven. Se admiran. Y nada más. —Me mira él—. Pertenecen al bosque. Es su dueño. Son las letras multicolores de un libro. De un gran libro. Es el libro de la naturaleza, que tenéis aquí, abierto ante los ojos. Para que os recreéis con su lectura. Para que leáis sus bellezas. Y para que alabéis al que plantó esas flores y escribió esas letras ahí.

Pongo la flor entre dos hojas de las *Floreillas de San Francisco*, que traigo para leer con ellos. Es una orquídea silvestre, una *Orchis coriophora*, subespecie *fragrans*, de espiga floral enhiesta, con morado de luz clara en los lóbulos y con labelo de cáliz aterciopelado. Abro el libro por el *Cántico del Hermano Sol*. Les leo esta estrofa:

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra, la cual nos sustenta y gobierna, y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.

Nos detenemos en el *Prado Espiritual*. Campánulas, peonías, verbenas, narcisos, gladiolos, margaritas, ojos de perdiz, camelinas, erisimos, botones de plata, botones de oro, bordan de colores la alfombra de grama, espiguilla y trébol. Juanma y José juegan al balón. Descansan un rato. Mientras meriendan, observo que allí mismo, a dos pasos tan sólo, un reluciente pico real, o *Picus viridis*, ceba en el agujero de un roble a sus polluelos. Abren éstos, chillones y voraces, sus grandes picos amarillos. El padre y la madre se turnan en la faena. Aúpo sobre mis hombros a José para que los vea mejor. Juanma pesa mucho y los mira desde abajo. Ni los padres ni los hijos se asustan ya. Se han familiarizado con nosotros.

Abundan por aquí los nidos. Aunque muchos por demás, no son tantos los que sobreviven al vandalismo destructor del hombre. Un poco hacia el riachuelo, en un chopo de cruz tronchada, pendiente de una horquilla, tiene colgado el suyo una oropéndola (*Oriolus oriolus*) con pajarillos también. Los alimentan igualmente los padres. Aguas arriba, bajo la presa del *Batán*, con otro nido a su vez sobre el tronco viejo de una higuera, empolla los huevos un papamoscas gris (*Muscicapa striata*). Siguiendo a la izquierda, ya en el *Prado Espiritual* mismo, entre el follaje bajo y seco de un matorral espinoso, formado por zarzas, escaramujos y maleza, ceba activamente a los suyos un ruiseñor (*Luscinia megarhynchos*). Saliendo hacia el *Prado de la Guadaluña*, al borde del *Arroyo del Castañar*, otro ruiseñor está

dedicado a ese mismo menester, bien oculto entre madresevas, hojarasca y retoños rastreros de roble. Subiendo más hacia lo alto, a la derecha, en el arranque mismo de la Machota Grande, a raya con la espesura, sobre un lentisco de monte bajo, una curruca cabecinegra (*Sylvia melanocephala*) da de comer a las cuatro crías de otro nido, perfectamente dispuesto. A pesar de los devastadores, se cuentan por miles los que pasan todavía inadvertidos ante su crueldad destructora.

Viene conmigo frecuentemente por esa profundidad franciscana del bosque un estudiante de Cádiz y alumno mío del Escorial, José Antonio Portillo, con el equipo fotográfico a punto de su exquisita sensibilidad universitaria. Durante tardes y tardes de paciente tesón bucólico logrará ir fotografiando la incubación y ceba de esos nidos y bastantes más. He pasado con él horas y horas en su coche, con el disparador actuado a distancia, siendo vencida al fin la esquivéz suspicaz de los padres. Otras veces el que me acompaña es un escultor animalista, Fernando L. Rodríguez Jimeno, zoólogo, taxidermista, escultor y botánico, subdirector otrora, con Rodríguez de la Fuente, de *El hombre y la tierra*. Es un poeta expresivo de la imagen. Toda la flora y casi todos los pájaros de la *Herrería* han posado alguna vez ante uno y otro, frente al objetivo experto de sus cámaras.

La luz transparente de la tarde se ciñe acristalada a los objetos, aureándolos, como idolillos de Rembrandt. Son los gnomos, los amuletos, las gargantillas del bosque. Cada hoja, cada tallo, cada espiga, cada capullo, cada pequeña cosa es un farolillo de pascua. El bordado de flores, tan diferentes, ninguna igual, todas en mimosa anarquía, unas rompiendo a florecer, otras ya en plena floración, resalta ahora más sobre la alfombra verde, que se desliza de abril a octubre fuera del claro, bajo los pies musgosos de los árboles. Son miniaturas de un códice recién escrito, con policromía rezumante de frescor primaveral, en el que todos los años pinta la naturaleza y deja oír con voz plástica el murmullo interior del bosque. La *Herrería* es un santuario. Hollar sus colores, manosear su espíritu, su candidez, es una profanación. Todos en su cobijo, entre los árboles, bajo la cúpula de sus ramas, sobre el amor del césped, somos pájaros. Y músicos. Y poetas. O sacerdotes de las criaturas de Dios. Así las canta San Francisco de Asís.

Pamplinas y búgulas, el orégano y la valeriana —*dioca, officinalis, triptica, de roca, ruber* o el rojo *amoresmil*—, primaveras y valerianillas —*olitoria, locusta, rimosa, truncata, morisonii, discoidea, coronata*—, lirios gramíneos y gladiolos pratenses, verónicas y nomeolvides, la olorica de monte y la centaura jaspeada —*Centaurea triumfetti*, con sus afines *mayor* y *menor, carpetana* y *castellana, maculosa* y *jacea, calcitrapa* y *nigra, alba* y *cyanus, scabiosa, groga* y *montana*—, la primula vulgar y el jacinto de penacho o guitarrillo —*Muscari comosum*—, las erguidas campánulas —*erinus, rotundifolia, patula, rapunculus, enana, menor* y *gigante, barbata* y *pulla, sibirica, aglomerada* y *romboide, rastrera* y *muchaflor*—, las campanillas de primavera, de verano, de otoño y de invierno —*Leucojum vernum, aestivum, autumnale* y *Galanthus nivalis*—, potentillas y melilotos, verbascos y milenramas, la flor del cuclillo y el clavel doncella, la pimpinela mayor y la calidonia menor, tulipanes silvestres y narcisos de los prados, genciana, llantenos y zaragatonas, la pimienta de agua y la vinagrera, la salvia nemorosa y la salvia praderil —tan irradiantes de azul turquesa las dos—, cañahejas, astrágalos y gamones —*Asphodelus albus, microcarpus* y *aestivus*—, el pologonato y la esparraguera —*Asparagus officinalis*—, el ajo de cigüeña, la cantilauga y el diente de león —*Taraxacum officinale*—, colas de ratón y uvas de gato, el pie de paloma y el geranio rojo o sangre del Costado de Cristo —*Geranium sanguineum*— de primorosa finura en su ardiente filigrana de pétalos y hojas, el tárrago loco y la brunella laciniada, cerastios y rosálises, la hierba de las heridas y la escabiosa

Orquídeas y otras flores...

1. *Vara de San José o gamón de verano*: *Asphodelus aestivus*, Brot.

2. *Dedalera*: *Digitalis purpurea*, L.

3. *Orquídea laxiflora*: *Orchis laxiflora*, Lam.

4. *Orquídea achampanada*: *Orchis morio*, subespecie *champagneuxii*, Camus.

5. *Ranúnculo carpetano*: *Ranunculus gregarius*, subsp. *carpetanus*, Brot.

6. *Jara de las cinco llagas*: *Cistus ladanifer*, subsp. *maculata*, L.

7. *Centaura menor o hiel de tierra*: *Centaurium erythraea*, Rafn.

8. *Orquídea fragante*: *Orchis coriophora*, subespecie *fragrans*, Südre.

9. *Malva silvestre*: *Malva sylvestris*, L.

10. *Centaura jaspeada*: *Centaurium triumphettii*, subsp. *lingulata*, Dostál.

11. *Zanahoria silvestre*: *Daucus carota*, subespecie *sativus* (Hoffm), Arcangeli.



3.



4.



8.



1.



5.



9.



6.



10.



2.



7.



11.



12.



16.



21.



17.



22.



13.



18.



23.



14.



19.



15.



20.

12. Gatera: *Nepeta*, sp.

13 y 14. Diente de León común: *Taraxacum officinale*, Wigg. Flor y vilano.

15. Gladiolo silvestre: *Gladiolus ylliricus*, Koch.

16. Peonía: *Paeonia officinalis*, L.

17. Espuela de caballero silvestre: *Delfinium verdunense*, Balbis.

18. Hierba lombriguera: *Senecio jacobaea*, L.

19. Escaramujo: *Rosa micrantha*, Borrer ex Sm. Flor.

20. Retama de tintes: *Genista tinctoria*, L.

21. Geranio rojo o sangre del Costado de Cristo: *Geranium sanguineum*, L.

22. Reina de los prados: *Filipendula ulmaria* (L.), Maxim.

23. Flor jacintoidea: *Hyacinthoides non scripta*, Chonard ex Rothm.

radiante, malvas y la reina de los prados —*Filipendula ulmaria*—, clavelinas y claveles sedosos, la trinitaria y el hipericón, la pata de perdiz y el hinojo de caballo, heléboros, heleborinos y orquídeas —de azul celeste, de púrpura, de violeta, de morado nazareno, de oro cálido, de rosicler—, el mastranzo nevado, la yerbabuena silvestre y la flor de menta —*rotunda*, *aquatica*, *longifolia*, *pulegium* o el *poleo* común—, el espliego y el tomillo, la jara y el jaguarzo, la retama y el cantueso —*Lavandula stoechas*—, correhuelas y amapolas... componen y cantan, cada cual a su modo, la melodía nunca acaba de la creación. Por toda la cuenca y por todas las estribaciones forestales de este gran circo guadarrameño aletea la rica variedad de sus tonos.

—Oiga, mire —exclama José—. Juanma ha pisado una orquídea salvaje.

—Que no. ¡Anda ya! —replica Juanma—. Que es una orquídea silvestre. ¡A que sí! ¡A que las salvajes están en el Caribe!

Lindezas de la televisión, pienso para mí. Las orquídeas silvestres son el lujo de la *Herreía*. Un lujo exquisito, diminuto, de porcelana pura. El lujo de las cosas primarias y de los sentimientos y obras sin contaminar. José y Juanma se quitan ahora la palabra de los labios. Añaden una estrofa más al *Cántico del Hermano Sol*. Me creo ante una nueva página de las *Floreccillas*.

Charlando, parloteando, José y Juanma entre sí y los dos conmigo, iniciamos el regreso a casa. Suenan cerca unos esquilonos. Se oye un mugido. Casi al lado nuestro, entre el Aulencia y el robledal, una voz grita:

—¡Vaca! ¡Habrás visto, la golosa!

José y Juanma se aprietan junto a mí. Les digo que no se asusten, que le conozco, que es Crescencio, el vaquero. Se miran, con los ojos chispeantes. Me preguntan si tiene pistolas, si les hará daño. Les contesto que no, que es un vaquero muy bueno. Llegamos a él. Me saluda afable, respetuoso. Le veo triste. Es muy pensativo. Y como serrano, muy circunspecto. Pero habla. Le duele la situación, España, la gente sin trabajo, las víctimas del terrorismo. A pesar de ello, sentencia grave, con el refranero en los labios: *todo pasará, como siempre; no hay mal que cien años dure*. Me pregunta por los niños. Les acaricia. Le digo de quién son. Todos en El Escorial se conocen. Le dejamos.

—Pues yo creía que era un vaquero de verdad —comenta Juanma.

—Y no tiene pistolas. Ni caballo —continúa José—. Es un hombre. Como mi abuelo.

Los pájaros se callan. Continúan sonando los esquilonos. Languidece la tarde. Es la hora del *Angelus*. El bosque reza en silencio. Esta paz silenciosa va rompiéndose poco a poco. Vibra un sonido agudo. Cien más. La oración humilde de las cosas alza otra voz más siseante. Es el zumbido pertinaz de los insectos y el estridor monótono de los grillos.

Teología de la naturaleza

Regresamos ya. Sin mucha prisa. Porque la luz va a durar aún bastante. La falda de la sierra, donde nos hallamos, está en sombra. Es una sombra de suavidades claras. Pero a lo lejos, allá abajo, la llanura sigue todavía iluminada al pleno por el sol. De todos modos, apretamos el paso, sin más detenciones.

Continúa la conversación, más vivaz incluso, por el recargo de recuerdos. Parlotean agudos e inocentes Juanma y José. Siguen diciéndome cosas, preguntando y contestando a la vez. Se quitan el uno al otro la palabra.

—Pues en mi clase hay un niño que no cree en Dios —se dirige a mí José—. Dice que las montañas las hizo el alcalde.

—Pues ese niño es un tonto —replica Juanma—. Y bien los sabes tú. Porque el alcalde sólo hace casas. Y las mon-

tañas ya estaban hechas cuando él era niño. Y antes. Y mucho antes. Cuando se hizo el mundo.

—Y yo también digo que sí —remacha José—. Y es claro que sí. Porque el mundo no lo hizo el alcalde, que lo hizo Dios.

Continuamos hacia la población, sin pararnos ya ninguna otra vez. Subimos por la cuestecilla del Monasterio. Arriba, de frente, despliega su señorío la sierra de Guadarrama. En lo alto, sobre la cima de sus más altas cumbres, bajo el azul crepuscular del cielo, planea en círculos una pareja de *buitres*. Les iluminan los últimos rayos del sol. Vienen hacia nosotros. Como *Abantos* se los conoce por aquí. Y *Pico de Abantos* llaman los escurialenses a la aguja enhiesta del frontal guadarrameño que se alza a nuestro frente. Estamos ya acercándonos a la tapia de la huerta de los frailes. A la izquierda, al fondo, en un claro de la arboleda escasa, como a dos metros de altura, sobre una rama seca, atravesada delante de un olmo ya bien hecho, nos atisba ojo avizor un *ratonero* joven. Tiene sus grandes pupilas muy dilatadas. Nos mira como con miedo. Pero con el miedo de un águila rapaz amenazante. Juanma y José se asustan un poco. Les tranquilizo. No amenaza en realidad. Tiene miedo a que le cace algún búho. El dominio de las águilas es el día. El dominio de los búhos es la noche. Subimos el último trecho de la cuesta. Comienza a sonar, casi allí mismo, el lamento quejumbroso de un *cábaro*. Entreveamos, a través del ramaje cercano de un aliso añoso, su color pardo rojizo, manchado de tonalidades blancas. No le hacemos caso. Es de noche ya. Avanzamos por la *Columnas de Hércules*. Llegamos al pueblo. Subimos la pendiente final, a la izquierda. Vamos por el llano de la calle. Les dejo en su casa. Nos despedimos. Yo entro en la mía.

Acodado sobre el alféizar de la ventana sigo en contacto con la naturaleza. La civilización que brota del cemento parece que la contamina. Llega hasta mí la respiración del bosque. No muere a estas horas. Sólo está dormido. Oigo la voz grave del cábaro, que continúa en su trémulo de melancolía lastimera. Los élitros estridentes de los grillos llenan por miles el espacio de una uniforme sonoridad compacta. Han enmudecido los pájaros cantores. Sólo un rui-señor de puesta tardía rompe esa monótona cadencia de la noche con la música potente, cálida, melodiosa y variadísima de sus gorjeos, que invaden todos los ámbitos. Es el compendio de la *Herreía*, hecha síntesis de presencia vital en su filarmónica garganta. Urbanismo y naturaleza se funden en su voz. Oyéndole, se siente uno más cerca de las estrellas y más alejado del mal. El hombre deshumanizado descubre en sus delirios que va brotándole del corazón una orquídea de esperanza. La arquitectura del Escorial y su mística envolvente conducen a tan gozoso fin. Es un fin optimista. En su latido existencial no hay angustia. Es un latido alegre, como la fe. La teología de la naturaleza tiene este abecedario. Porque si el alcalde no hace las montañas no hay en el mundo nada más triste que un hombre sin Dios.

Referencias bibliográfico-documentales

(Figura indicación de páginas cuando se relacionan con algún punto o cuestión especialmente tratados en este estudio. Los distintos ejemplares botánicos o zoológicos de la zona escurialense, descritos o fotografiados aquí, aparecen con su individualidad y clasificación características y de determinación concreta en los lugares alfabéticos o analíticos correspondientes de los tratados, monografías científicas o diccionarios especiales indicados a continuación, a cuyas páginas quedan remitidos los lectores. No se citan, por lo común, dada su naturaleza de divulgación generalizada, las múltiples Guías de campo sobre fauna y flora que vienen publicando últimamente las más variadas editoriales).

ALONSO DE ALMELA, J., *Descripción de la Octava Maravilla del mundo, que es la excelente y santa casa de San Lorenzo el Real*, en ANDRÉS, G. de, *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, VI, Sáez, Madrid, 1962, págs. 24-28, 81-85, 90-92.

ALONSO RODRIGUEZ, A., *El Escorial: arquitectura y paisaje*, Colección Fotográfica propia, Universidad «María Cristina», San Lorenzo del Escorial, 1983.

- ALVAREZ TURIENZO, S., *El Escorial en las letras españolas*, Publ. Españolas, Madrid, 1963, págs. 185-231.
- ANDRÉS, G. de, «Toponimia e historia de la montaña escorialense», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 2, 1965, págs. 15-26.
- ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE «REALES SITIOS», *El Real Monasterio y los Reales Bosques Escorialenses*, Palacio Real, Madrid, 1983.
- ARNAIZ, C., «Ecología y fitosociología de los zarzales y espinales madrileños comprendidos en los sectores Guadarrámico, Manchego y Celtibérico-Alcarreño», en *Lazaroa*, 1, 1979, págs. 129-138.
- ARROYO PLAZA, S., Agente Forestal de ICONA, *Fauna y flora de la zona escorialense de la sierra y bosques de Guadarrama*, relación manuscrita, San Lorenzo del Escorial, 1983.
- BERMEJO, D., *Descripción artística del Real Monasterio de S. Lorenzo del Escorial*, R. Sanz, Madrid, 1820, págs. 5-19, 335-352, 373-381.
- BERTEAUX, E., «El Escorial, monumento del Renacimiento», en *Arquitectura*, junio 1923, págs. 198-201.
- BONNIER, G.-LAYENS, G. de, *Flore complète portative de la France, de la Suisse et de la Belgique*, Libr. Gén. de l'Enseignement, París, 1975, páginas 310-311.
- BUENAVENTURA, San, *Leyenda de San Francisco de Asís*, en SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Escritos completos y biografías primitivas*, BAC, Madrid, 1949, págs. 521-665, espec. 597, 608, 626.
- CAMUS, E. G., *Orquidées d'Europe et du Bassin Méditerranéen*, I-IV, Lechevalier, París, 1921.
- CAPELLETTI, C., *Trattato di botanica*, I-II, Uniones Tip. Ed. Torinese, Turin, 1967.
- CAVANILLES, A. J., *Icones et Descriptiones Plantarum, quae aut sponte in Hispania crescunt aut in Hortis hospitantur*, I-VI, Typ. Regia, Madrid, 1791-1801.
- CELANO, T. de, *Vida de San Francisco de Asís, primera y segunda*, en SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Escritos completos y biografías primitivas*, BAC, Madrid, 1949, págs. 283-519, espec. 322-325, 339-342.
- COLMEIRO, M., *Enumeración y revisión de las plantas de la península Hispano-Lusitana e Islas Baleares*, I-IV, Impr. Fuentenebro, Madrid, 1885-1889.
- CORRECHER, C. M., *Jardines del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial. La Fresneda. El Jardín de los Frailes*, en REALES SITIOS, 78, 1983, págs. 45-64.
- COUTINHO, A. X. P., *Flora de Portugal*, R. T. Palhinha, Lisboa, 1939.
- COSTA, M., «Estudio fitosociológico de los matorrales de la provincia de Madrid», en *Anales del Instituto Botánico A. J. Cavanilles*, 31, 1974, páginas 225-315.
- CHUECA GOITIA, F., *Casas Reales en Monasterios y Conventos Españoles*, Xarait Ed., Bilbao, 1983, págs. 143-162.
- DAGET, Ph., «Le bioclimat méditerranéen: caractères généraux, modes et caractérisation», en *Vegetatio*, 34, 1977, págs. 1-20.
- ENRIQUEZ DE SALAMANCA, C., *Por la sierra de Guadarrama*, Ed. propia, Madrid, 1981, págs. 19-26, 41-49, 86-92.
- ESTAL, G. del, «Arquitectura filológica del Escorial. II. Indagaciones sobre la Herrería», en *Nueva Etapa*, 26-27, 1963, págs. 41-50. Id., «De San Quintín al Escorial», en *Religión y Cultura*, 9, 1958, págs. 61-85, espec. «La nada trágica», págs. 75-80, con comentario sobre el libro *Spanische Impressionen*, del autor suizo Peter SCHMIDT, tan antifilipino como antiescurialense y antiespañol, editado en Stuttgart en 1956.
- ESTUDIO FOTOGRÁFICO «CAMERA», *Monasterio y flores del Escorial*, Archivo propio, San Lorenzo del Escorial, 1983.
- FACHINETTI, V., *I fioretti di San Francesco*, G. Agnelli, Milán, 1926, páginas 63-66 («Predica alli ucelli»), 83-88 («Il ferocissimo lupo d'Agobio»), 361-362 («Il cantico di frate Sole»).
- FELIPE II: 1.º *Carta de fundación y dotación de San Lorenzo el Real*, dada en Madrid, a 22 de abril de 1567. Texto en ZARCO CUEVAS, J., *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, II, Impr. Helénica, Madrid, 1917, págs. 63-140, espec. 72-92, 118-119, referentes a la compra y donación de la Fresneda, la Herrería y otros bienes raíces, anexados al Monasterio. 2.º *Provisiones Reales*, de 3 de septiembre de 1565 y 17 de marzo de 1591, prohibiendo cazar en la Fresneda y la Herrería, más rigurosa la primera que la segunda, *ibid.*, pág. 119, nota. 3.º *Adiciones a la Carta de dotación y fundación*, sobre beneficios y obligaciones derivadas, señalados por Reales Cédulas, dadas en Madrid y San Lorenzo el Real, a 6 de septiembre de 1571 y 6 de abril de 1573, *ibid.*, págs. 141-163, con *Apuntamientos y Advertencias* de la Comunidad Jerónima sobre dichos bienes, según *Memoriales* enviados al Rey entre 1592 y 1694, *ibid.*, págs. 165-187. 4.º *Testamento y Codicilos de Felipe II*, otorgados en Madrid, a 7 de marzo de 1594, y en San Lorenzo el Real, a 23 de agosto de 1597 y 25 de agosto de 1598, *ibid.*, págs. 9-62, espec. 34-35, 44-45, 57-61, referentes al amparo real e incrementos posteriores de tales bienes.
- FELIPE III, *Cédulas Reales*, libradas a favor del Monasterio de San Lorenzo el Real, entre 1599 y 1608, con entrega posesoria de dominio sobre las dehesas de Campillo y Monasterio, para cumplir la disposición de última voluntad transcrita en la cláusula 19 del *Codicilo* otorgado por Felipe II en el Real Monasterio el 25 de agosto de 1598. Referencia textual en SANTA MARÍA, J. de, *Disceptaciones... Disceptación II*, cit. *infra*, págs. 81-87, 120-125, 133-139, 143-145.
- FERNÁNDEZ ARROYO, M. C., *Estudio de la flora de la cabecera de los ríos Aulencia, Perales y Arroyo de Pradejón*, manuscrito, Colmenarejo, 1983.
- FIORI, A., *Nuova flora analitica d'Italia*, I-II, Calderini, Bolonia, 1970.
- FISCHER, H., *Die Orquideen Deutschlands und angrenzenden Gebiete*, E. Nelson, Munich-Berlin, 1931.
- FONT QUER, P., *Diccionario de Botánica*, Labor, Barcelona, 1982. Id., *El Dioscórides renovado*, Labor, Madrid, 1979, págs. 702-710, 773, 950-955.
- FOURNIER, P., *Les Quatre Flores de la France*, reimpr. con adiciones y correcciones, Lechevalier, París, 1961.
- GACHARD, L. P., *Don Carlos y Felipe II*, Lorenzana, Barcelona, págs. 426-454, 469-492.
- GARMS, H.-EIGENER, W., *Plantas y animales de España y Europa*, Eunsu, Pamplona, 1977, págs. 41-42, 60, 79, 117, 197-198, 293.
- GASSELLI, A., *Pájaros cantores*, Teide, Barcelona, 1972.
- GAUTIER, Th., *Voyage en Espagne*, París, 1843, págs. 138 y sigs.
- GOLA, G.-varios, *Tratado de Botánica*, Labor, Barcelona, 1965, págs. 1034-1038.
- GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, F., *Ecología y paisaje*, H. Blume, Barcelona-Madrid, 1981.
- GRASSE, P. P.-varios, *Zoologie*, I-IV, Gallimard, París, 1963-1974.
- GUINARD, P., «El Escorial visto por los escritores franceses», en *El Escorial. 1563-1963*, I-II, Ed. Patrimonio Nacional, Madrid, 1963, I, página 681.
- HADORN, E., *Zoología general*, Omega, Barcelona, 1976.
- HERTER, F., *Zoologische Beiträge*, I-IV, Dunker et Humblot, Berlin, 1957-1962.
- HUGUET DEL VILLAR, E., *Una ojeada a la cliserie de la sierra de Guadarrama*, Ibérica, Madrid, 1927.
- IZCO, J., «Coscojares, romerales y tomillares de la provincia de Madrid», en *Anales del Instituto Botánico A. J. Cavanilles*, 29, 1972, págs. 70-108. Id., «Elementos y comunidades térmico-mediterráneos en la planicie carpetana», *ibid.*, 26 págs. 89-102.
- JONES, M., *Las flores silvestres*, Fontalba, Barcelona, 1980, págs. 114-117.
- JUAN PABLO II, *Carta Apostólica* a los Ministros Generales de las cuatro órdenes Franciscanas, con motivo del VIII Centenario del nacimiento de San Francisco de Asís, texto latino en *L'Osservatore Romano*, 16 de septiembre de 1982. Id., *Letras Apostólicas «Inter Sanctos»*, declarando a San Francisco de Asís Patrono de los Ecologistas, en *A.A.S.*, 71, 1979, págs. 1509-1510.
- KUBLER, G., *La obra del Escorial*, Alianza Ed., Madrid, 1983, págs. 135-152, 194.
- KUMMERLY, W., *El gran libro del bosque*, H. Blume, Barcelona-Madrid, 1974.
- LACK, D., *Population studies of birds*, Oxford Univ. Press, Nueva York, 1976.
- LAGUNA Y VILLANUEVA, M., *Flora forestal española*, I-II, s. p. de impr., Madrid, 1883-1890. Id., *Memoria de reconocimiento de la sierra de Guadarrama*, s. p. de impr., Madrid, 1864.
- LANZARA P., *El mundo de las plantas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977.
- Libro de la Montería*, manuscrito Y.II.19, siglo XIV, Real Biblioteca Escorialense, fols. 170rb-vb y 198ra-b, con referencias tanto a la «cabeca y collado dela Ferreria» como al «collado del Escorial». Descripción de crítica comparada en ESTAL, G. del, «Arquitectura filológica... Indagaciones sobre la Herrería», cit. *supra*, págs. 45-47.
- NOVIK, I., *Sociedad y naturaleza*, Progreso, Moscú, 1982.
- ORTEGA Y GASSET, J., *El espectador*, VI, «Meditación del Escorial», en *Obras completas*, II, Rev. Occidente, Madrid, 1950, págs. 553-560. Id., *Meditaciones del Quijote*, «Meditación preliminar. 3. Arroyos y oropéndolas», *ibid.*, I, Rev. Occidente, Madrid, 1950, pág. 334.
- PÉREZ, P. F., *Antofitas de San Lorenzo del Escorial*, Real Monasterio, El Escorial, 1930, págs. 17-25, 107-109.
- PETERSON, R.-MOUNTFORT, G.-HOLLOM, P. A. D., *Guía de campo de las aves de España y de Europa*, Omega, Barcelona, 1980, págs. 208, 225, 228, 257-264, 301-302, 349.
- POLUNIN, O., *Flores de Europa*, Omega, Barcelona, 1974, págs. 663-680. — y HUXLEY, A., *Flores del Mediterráneo*, H. Blume, Barcelona-Madrid, 1978, págs. 246-262.
- PONZ, A., *Viaje de España* («su autor D. Pedro Antonio de la Puente», seudónimo que así figura en la portada), II, Ibarra, Madrid, 1773, páginas 245-253.
- PORREÑO, B., *Dichos y hechos del rey Don Felipe II*, Saeta, Madrid, 1942, pág. 257.
- PORTILLO, J. A., *Arquitectura del Escorial y su ropaje de serranía y floresta, pobladas de pájaros y flores*, Album Fotográfico, Universidad «María Cristina», San Lorenzo del Escorial, 1983.
- QUEVEDO, J., *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado comúnmente del Escorial*, Mellado, Madrid, 1849, págs. 21-22, 100-102, 108, 145, 188, 261-268.
- RIVAS GODAY, S., «Los grados de vegetación de la Península Ibérica», en *Anales del Instituto Botánico A. J. Cavanilles*, 13, 1955, págs. 269-331. Id.-varios, «Aportaciones a la fitosociología hispánica», *ibid.*, 13, 1955, págs. 335-422; 14, 1956, págs. 435-500. Id.-varios, «Contribución al estudio de la Querceta ilicis hispánica», *ibid.*, 17, 1959, págs. 285-406.
- RIVAS MARTÍNEZ, S., «Brezales y jarales de Europa occidental. Revisión fitosociológica de las clases Calluno-Ulicetea y Cisto-Lavanduletea», en *Lazaroa*, 1, 1979, págs. 5-127. Id., «Estudio de la vegetación y flora de las sierras de Guadarrama y Gredos», en *Anales del Instituto Botánico A. J. Cavanilles*, 21, 1963, págs. 5-325. Id., *Memoria del mapa de las series de vegetación de la provincia de Madrid*, Diputación Provincial, Madrid, 1982. Id., «Relaciones entre los suelos y la vegetación. Algunas consideraciones sobre su fundamento», en *Anales de la Real Academia de Farmacia*, 38, 1972, págs. 69-74. Id., «Sinfitosociología, una nueva metodología para el estudio del paisaje vegetal», en *Anales*

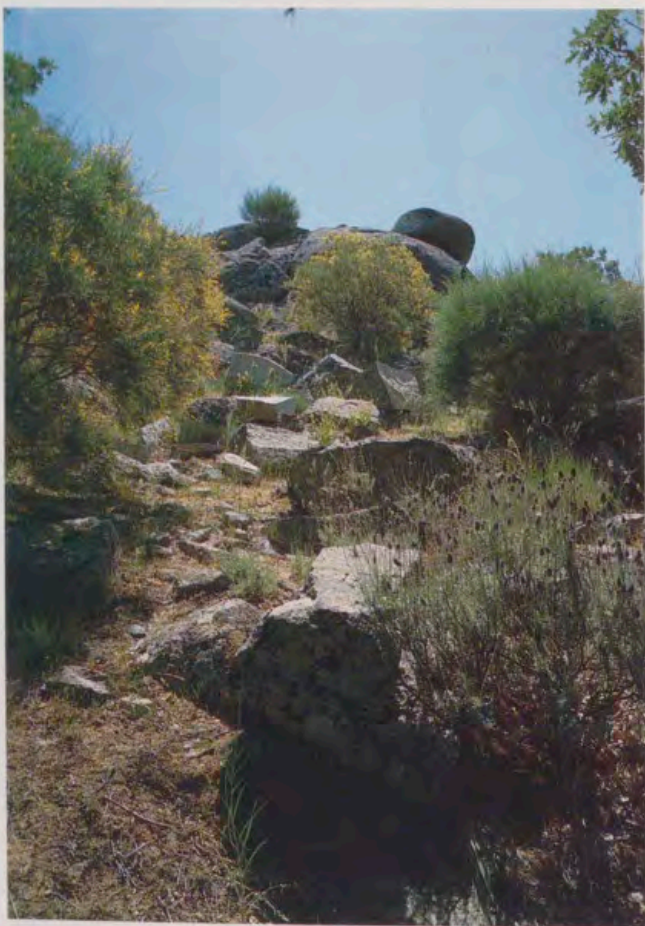
1. Cascada de cortes de cantera, del siglo XVI, junto al Canto de los Reyes. Entre diversas matas de cantueso (*Lavandula stoechas*, subsp. *pedunculata*, Miller), ginesta (*Sphaerocarpa*, Boissier), digital rosa pálido (*Digitalis thapsi*, L.) y un rica gama floral.

2. Arquitectura y floresta en El Escorial. El Monasterio tras un manto de robles alvares (*Quercus robur*, L.), fresnos comunes (*Fraxinus angustifolia*, Vahl) y un espléndido escaramujo en flor (*Rosa micrantha*, Borrer ex Sm.). Praderío de los Capones.

3. Alta cúpula de plátanos umbrios: *Platanus hybrida*, Brot. Auditorio y templo a la vez, con una orquesta de mil ruiñeños por músicos. Junto al Regato de los Capones.



2.



1. 3.



del Instituto Botánico A. J. Cavanilles, 33, 1976, págs. 179-188. ID., «Vegetatio Hispanica. Notula II», *ibid.*, 27, 1970, págs. 145-170. ID., «Vegetatio Hispanica. Notula IV», *ibid.*, 35, 1978, págs. 553-570.

RODRIGUEZ DE LA FUENTE, F., *Fauna*, Salvat, Barcelona, 1973.

RODRIGUEZ JIMÉNEZ, F. L., *Aves y mamíferos observados en la Herrería del Escorial*, relación manuscrita y repertorio fotográfico, San Lorenzo del Escorial, 1983.

SAEZ, J. A.-DRAPER, R., *A propósito del Guadarrama*, ed. propia, San Lorenzo del Escorial, 1984, en prensa, capítulos I-II.

SANCHEZ EGEA, J., «El clima, los dominios climáticos y los pisos de vegetación de las provincias de Madrid, Avila y Segovia: ensayo de un modelo fito-climático», en *Anales del Instituto Botánico A. J. Cavanilles*, 32, 1975, págs. 1039-1078.

SAN JERONIMO, J. de, *Memorias*, en SALVÁ, M.-SAINZ DE BARANDA, P.,

Colección de documentos inéditos para la Historia de España, VII, Calero, Madrid, 1845, págs. 9-10, 61, 157.

SANTA MARIA, J. de, *Disceptaciones sobre los privilegios en lo espiritual y temporal del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial*, Impr. J. García Infanzón, Madrid, 1727, *Disceptación II*, sobre la posesión de las dehesas de *Campillo*, monasterio y otras: «heredamientos, como también la Herrería, llamados en propiedad dehesas y no bosques por las Reales Cédulas de compra y donación»; págs. 77-146, espec. 81-87, 115-124, 143-146.

SANTOS, F. de los, *Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, única maravilla del mundo*, Impr. J. García Infanzón, Madrid, 1688, fols. 7r-9v, 106r-112v.

SANTOS MARTINEZ, T., *Migración e invernada de zorzaes y mirlos (gen. «Turdus») en la Península Ibérica*, Facultad Ciencias Biológicas, Univ. Complutense, Madrid, 1982.



4. 6.

4. Estigmatización de San Francisco de Asís. Miniatura. Breviario de Isabel la Católica. Real Biblioteca Escorialense. Manuscrito b.II.15, folio 486v.

5. Bóveda de Aristas, en el centro de los sótanos de bajada al Paseo de Africa, bajo la Lucerna del Convento.

6. Primera Bóveda Plana escorialense, obra de Juan Bautista de Toledo, adovelada sobre los sótanos de Platerías, bajo la Iglesia Vieja.



5.



SCHMIDT, P., *Spanische Impressionen*, véase supra. ESTAL, G. del. SIGUENZA, J. de, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, 2.^a parte, libro 1.^o, Impr. Real, Madrid, 1600, pág. 81b: «Las cornicabras, gayabos, ázeres, alisos, pinos, robles, encinas...» (habla de Guisando). Id., *id.*, 3.^a parte, libros 3.^o y 4.^o, *La Fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real: fábrica del rey Don Felipe II*, Impr. Real, Madrid, 1605, páginas 537b, 691a-697b, 844a-847a, 850a, 851a-854a. STEFANELLI, S., *Flores de montaña. Distribución, frescura y propiedades*, Daimón, Madrid-Barcelona, 1982. STORER, T. I.-varios, *Zoología General*, Omega, Barcelona, 1982, páginas 784-818. STRARBURGER, E.-varios, *Tratado de Botánica*, Marín, Barcelona, 1974. TERRADAS, J., *Ecología hoy: el hombre y su medio*, Teide, Barcelona, 1980. THOMSON, A. L., *A New Dictionary of Birds*, Nelson, Londres, 1964. TONZIG, S.-MARRE, E., *Elementi di botanica*, I-III, Ed. Ambrosiana, Milán, 1968.

TORRES, F., *Nueva Guía de El Escorial*, Paraninfo, Madrid, 1954, págs. 37-45, 223-230.

TUTTIN, T. G.-HEYWOOD, V. H.-varios, *Flora Europaea*, I-IV, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1964-1979, págs. I, 197, 215; II, 6, 95, 195; III, 239; IV, 201, 298-299; V, 338-339, 341 (la mejor obra de clasificación botánica, desde Linneo).

VAN TYNE, J.-BERGER, A. J., *Fundamentals of Ornithology*, John Wiley, Nueva York, 1976.

VICIOSO, C., «Notas sobre la Flora Española», en *Anales del Jardín Botánico*, 6, 1946, págs. 5-92.

VICUNA, P. C., *Los minerales de El Escorial*, Real Monasterio, El Escorial, 1929, págs. 11-25.

WEBB, Ph. B., *Iter Hispaniae, or a Synopsis of plants collected in the Southern Provinces of Spain and in Portugal*, Plon, Paris, y H. Coxhead, Londres, 1838. Id., *Otia Hispanica, seu Delectus Plantarum rariorum*

San Francisco predicando a las avecillas.
Fresco infantil del Maestro di San Francesco.
Siglo XIII. Iglesia Inferior de Asís.



Cachicánia herreriana
de la huerta del convento:
«Graciosa y hermosa casa
para el hortelano que viva en ella,
que cualquier caballero principal
gozara mucho de ella
en corte y aún en su propia tierra»
(ALONSO DE ALMELA).

A la izquierda, el burdo añadido
aún en pie de las «cochiqueras»,
acabadas de derribar ahora,
en julio de 1984.



aut nondum rite notarum per Hispanias sponte nascentium, V. Masson,
París, 1853.

WETTY, C., *The life of birds*, W. B. Saunders, Filadelfia, 1975.

WILLIAMS, J. G.-varios, *Guide des Orchidées d'Europe, d'Afrique du nord et du proche-Orient*, Delachaux et Niestlé, París, 1978, págs. 64-68, 96-106.

WILLKOMM, M.-LANGE, J., *Prodromus Florae Hispaniae*, I-III, E. Schweizerbart, Stuttgart, 1861-1888 (*Supplementum*, misma Edit., 1893).

XIMÉNEZ, A., *Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial*, A. Martín, Madrid, 1764, págs. 17-26, 379-385, 390.

ZARCO CUEVAS, J., *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial*, III, *Instrucciones de Felipe II para la fábrica y obra de San Lorenzo el Real*, Impr. Helénica, Madrid, 1918, espec. «Instrucción 3.ª», sobre pastos y caza en la *Fresneda y la Herrería*, págs. 15-23. Véase *supra*, FELIPE II.

ZOLLER, H., «De plantis Hispaniae notulae systematicae, chorologicae et ecologicae», en *Anales del Instituto Botánico A. J. Cavanilles*, 34, 1978, págs. 539-552. Id., «Sobre las sinasociaciones de la sierra de Guadarrama», en *Assoziationskomplexe (Sigmeter)*, J. Cramer, Vaduz, 1978, págs. 189-213. Id., «Vegetatio Hispaniae, Notula IV», en *Anales del Instituto Botánico A. J. Cavanilles*, 31, 1974, págs. 199-207.

Laus cordis. A María Concepción Fernández Arroyo, juntamente con Dolores Belmonte, Federico Fernández González, Leopoldo García Sancho, Susana Laorga y Daniel Sánchez Mata, del Departamento de Botánica de la Universidad Complutense. Al Naturalista Fernando L. Rodríguez Jiménez. Al Ornitólogo José Antonio Portillo. Al Agente Forestal Santiago Arroyo Plaza. Para todos ellos, por la ayuda que me han prestado en la identificación de la fauna y flora escorialense, dentro de las variedades aquí descritas o fotografiadas: mi *laus cordis* de la más sentida gratitud.